



HECHOS Y NOTAS



los pueblos que no tienen historia. Sólo a medida que se avanza en la existencia comienza a comprenderse cuánta felicidad hay en la vida apacible, sin accidentes ni contrastes, sin tempestades ni luchas. La vida no debe de ser un drama, sino más bien una égloga pastoril como esas que tanto agradaban a los antiguos.

Llega la hora de la emigración anual. Nuestros abuelos que no tenían ferrocarriles como nosotros, hacían su viaje al sur ó a la costa, encaminándose a los fundos en carretas ó en pesados carromatos; se demoraban dos días en llegar a Valparaíso y ocho ó diez en llegar a Concepción. Aquello era largo, pero en cambio era pintoresco, había que vadear ríos y esteros, que cruzar lentamente por desfiladeros peligrosos, como los célebres cerrillos de Teno, en donde les aguardaban a veces partidas de foragidos trabuco en mano. Al caer la noche se refugiaban en las posadas del camino, lo que dió vida a multitud de pequeñas poblaciones que, con los ferrocarriles, han venido a menos. Los paisajes pintorescos recreaban la vista; se merendaba en el camino, echando mano a los canastos bien provistos de fiambres y de municiones de boca: los pollos eran sacrificados sin consideración alguna, y el vaso ó potrillo de chacolí corría de mano en mano. En acabando la merienda comenzaba la guitarra a funcionar sin descanso; las sabrosas tonadas del terruño se sucedían unas a otras. Sobre las pesadas carretas solían extenderse colchones sobre los cuales dormían a pierna suelta aquellos seres empdernidos é insensibles a los placeres del canto. Llegaban todos rendidos a las fondas, en las cuales habían de pernoctar. Levantábanse al rayar el alba y continuaban la pintoresca y alegre caminata más parecida a un paseo que a viaje. El progreso ha desterrado, con los trenes rápidos, aquellas inolvidables horas de alegría; el ferrocarril es más rápido pero menos interesante que la antigua calesa. La vida ha ganado en comodidades pero ha perdido su carácter pintoresco y único; por eso no es posible escribir en Chile novelas de carácter regional, como las de don Alberto Blest Gana, que tanto nos deleitan, mostrándonos el viejo Chile que ya no existe, con su tono pintoresco y su colorido local. En Europa, el automóvil ha vuelto a los antiguos tiempos con las facilidades que procura para detenerse en donde a cada cual le place; merced a él, uno puede detenerse en donde juzga conveniente y admirar los paisajes y las puestas de sol, sin que venga a molestarle en sus admiraciones al llamado del conductor del tren.

A mediados de Diciembre comienza la emigración veraniega de los santiaguinos, en busca de aire fresco, de horas de reposo para el desgaste de las fiestas del invierno que consumen tanto como las horas de lucha y de trabajo. Uno se admira cómo las hermosas niñas que vemos en bailes y paseos, en continuas funciones de teatro, en matinées y tertulias, pueden mantenerse frescas y resistir una vida infernal, sin quebrantos. Balzac decía, en cierta ocasión, que una joven de apariencia frágil como la porcelana, tiene más resistencia que un hombre de acero y puede soportar tranquilamente lo que a él le mataría. Las vacaciones vienen a salvarla, devolviéndola la sangre a sus venas agotadas, y la frescura a su tez que comienza a marchitarse con la anemia.

Antes de partir a la estación balnearia de moda irá probablemente al campo, al fundo de padres ó parientes, en donde pasará mes y medio, probablemente sola y aburrida.

Es que no tenemos el arte de la vida cómoda y agradable; no sabemos rodearnos de las pequeñas cosas que constituyen la delicia del campo en los países cultos. Si bien hallamos en muchos fundos salas de billar ó canchas de tennis, en muy pocos encontramos esparcidas las cómodas sillas americanas sobre las cuales puede uno inclinarse a meditar ó a leer, las mesas cargadas de revistas y de periódicos ilustrados, cuyas suscripciones son ahora tan baratas, y que nos permiten seguir gráficamente el desarrollo de los acontecimientos en el mundo entero, como si a nuestra vista pasaran. Ni tampoco se ve, con frecuencia, los magníficos pianos ó pianolas que permiten tocar como un con-

sumado maestro, las piezas más hermosas del repertorio clásico. Nada es más exquisito que escuchar una melodía de Beethoven ó de Mozart ó de Chopin, en las soledades del campo, bajo la enredadera de algún viejo comedor, a la luz de la luna, en el silencio exquisito, sólo turbado por el correr de algún río entre las piedras de su lecho ó por el galope lejano de algún caballo. Nuestros hacendados, que son ricos por lo general, podrían procurarse gustos de ese género, pero jamás sienten las exigencias de la vida artística, del alimento espiritual, de la armonía. Creen, los más de nuestros agricultores, que todo se reduce al negocio, a la buena cosecha, al gran rendimiento, a la engorda del ganado. Y cuando llegan las hijas, no tienen placeres delicados que ofrecerles.

En cambio, consentirán tranquilamente en que lean cualquier libro; eso, como no cuesta gran cosa, les tiene sin cuidado. Y sin embargo, nada hay más peligroso que un libro, nada que sugiera sentimientos perturbadores, sino se cuida el libro que habrá de ponerse en manos de una niña. Es una simiente que arrojamos al surco y que germinará, quién sabe dentro de cuántos años, en forma que nosotros no sospechamos. Un libro trae consigo el instinto inconsciente de la imitación de una manera fatal é inevitable. Es conocido el hecho de que cuando apareció el "Werther" de Goethe, hubo muchísimos suicidios de amor; aquello se había convertido en una manía contagiosa; el drama "Los Bandidos" de Schiller provocó imitaciones lamentables; los libros de caballerías trastornaron el juicio de muchos buenos hidalgos de carne y hueso, a más del ingenioso don Quijote cuyas aventuras han conmovido a la humanidad por espacio de siglos.

En una linda cabeza rubia ó morena, las aventuras sentimentales de los personajes de novela colocan una levadura de emoción, y un ansia de sentimiento. Dejan caer el libro sobre sus rodillas y se ponen a soñar con el joven que habrá de envolverlas en algún episodio romántico: esperan la llegada de un hombre que acaso jamás parecerá y que habrá de traerles dichas desconocidas. Tal vez algún sueño peligroso y perturbador se fijará en su imaginación, con caracteres imborrables. El padre debe cuidar en extremo la lectura que haga su hija, como ciertos venenos que administrados en pequeñas dosis salvan a los enfermos y en fuertes dosis los matan; deben procurarles alimento espiritual, necesario para interrumpir la monotonía de la vida, para elevarnos a mundos más altos y mejores, para cultivar la parte sana y noble de nuestro ser. Pero, al mismo tiempo deben cuidar cuál sea el alimento que se procure.

Por eso creemos que la cuestión de las distracciones de campo tiene una importancia considerable. Los ingleses entienden como nadie esas cuestiones; saben hacer agradable la vida diaria, en forma de que nunca echen de menos la ciudad y sus placeres. Por eso el ausentismo, una de las plagas de nuestra agricultura, no existió entre ellos. Y en esto, con un gasto momentáneo, hay honra y provecho, pues bien sabido es que al ojo del amo engorda el buey. Ausentándose menos del fundo, los negocios habrán de ser mejores y la fortuna acude pródigamente en su auxilio.

Por su parte, las niñas que estén contentas en sus tierras y se vean rodeadas de todas las comodidades y placeres, que tienen buenos libros y excelente música, muebles confortables, cortinajes, grabados, una caja de pinturas ó de acuarelas no reclamarán con tanto brío el viaje a Viña ó a la playa cara en donde los hoteleros cobran un sentido y llegan hasta sumar el número de la pieza en la cuenta de los gastos.

El confort no es tanto cuestión de gasto y de dinero como de buen gusto y de sentido artístico. Basta con preocuparse un poco de arte, lo que hace falta en nuestra vida chilena, en la cual los padres se contentan con enseñar a sus hijas un poco de música y algo de canto que olvidarán, por cierto, al día siguiente al matrimonio, como si sólo sirvieran de liga para cazar maridos.

Se ha dicho que tenemos mucho de la raza sajona; ojalá fuera cierto. Para probarlo es menester que les invitemos no solamente en el vestir sino en los gustos, en el amor al *home*, en el sentido de las comodidades y del respeto a sí mismos. El hogar agradable hace el matrimonio feliz; doy este pequeño secreto a los matrimonios jóvenes, y si lo toman en cuenta no se arrepentirán de su suerte.

LUIS ORREGO LUCO

